



COMISIÓN DE COMUNICACIÓN

Boletín Mensual

Año 12 N°12

Diciembre 2015

¡Y EL VERBO DE DIOS SE HIZO CARNE...!!!

EDITORIAL

Ya en el marco del Año Santo de la Misericordia la PasCom de la Diócesis de Lurín hace entrega del Boletín Electrónico "Contacto" correspondiente al mes de Diciembre con el que cerramos el Año 2015. La Noche Buena ilumina y marca la conciencia cristiana del mundo entero: ¡Ha nacido el Emmanuel, el Dios con nosotros! ¡Dios ha irrumpido en la historia humana y nos ha mostrado su rostro de misericordia!

Un primer aporte proviene del P. José Antonio Pagola, quien a partir del Prólogo de Evangelista Juan, desarrolla una aguda reflexión sobre nuestras varias contradicciones al confesar a un Dios Encarnado y olvidarnos -con frecuencia- "que Cristo está ahora en medio de nosotros".

El segundo aporte pertenece al Papa Emérito, Benedicto XVI. Se trata de una homilía suya de una Misa de Noche Buena. A partir de la experiencia de María & José de no encontrar lugar en la posada, el autor plantea una pregunta existencial válida: Si ellos tocaran hoy nuestras puertas, ¿encontrarían lugar?

Concluimos con una reflexión del P. José Luis Calvo, quien trabaja hace años en los cerros del Valle de San Gabriel. El autor ve la Epifanía como una auténtica Fiesta Misionera, en armonía con el pedido del Papa Francisco por ser una "Iglesia en salida". Finalmente analiza el proceso seguido por los Magos de Oriente como una señal de la inquietante -y siempre actual- búsqueda de Dios.

P. Marco Agüero V



DIOS ENTRE NOSOTROS

“Y acampó entre nosotros”

El evangelista San Juan, al hablarnos de la Encarnación del Hijo de Dios, no nos dice nada de todo ese mundo tan familiar de los pastores, el pesebre, los ángeles y el Niño Dios con María y José. San Juan se adentra en el misterio desde otra hondura. En Dios estaba la Palabra, la Fuerza de comunicación y revelación de Dios. En esa Palabra había vida y había luz.

Esa Palabra puso en marcha la creación entera. Nosotros mismos somos fruto de esa Palabra misteriosa. Esa Palabra ahora se ha hecho carne y ha habitado entre nosotros.

A los hombres nos sigue pareciendo todo esto demasiado hermoso para ser verdadero. Un Dios hecho carne, identificado con nuestra debilidad, respirando nuestro aire y sufriendo nuestros problemas. Y seguimos buscando a Dios arriba, en los cielos, cuando está abajo en la tierra. Y seguimos persiguiéndole fuera, sin acogerlo con fe en nuestro interior.

Una de las grandes contradicciones de los cristianos es confesar con entusiasmo la encarnación de Dios y olvidar luego que Cristo está ahora en medio de nosotros; que, después de la Encarnación, a Dios sólo le podremos encontrar entre los hombres, con los hombres, en los hombres.

Dios ha bajado a lo profundo de nuestra existencia y la vida nos sigue pareciendo vacía. Dios ha venido a habitar en el corazón de los hombres y sentimos un vacío interior insoportable. Dios ha venido a reinar entre nosotros y parece estar totalmente ausente en nuestras relaciones.

Dios ha asumido nuestra carne y seguimos sin saber vivir debidamente lo carnal. Dios se ha encarnado en un cuerpo humano y olvidamos que nuestro cuerpo es templo del espíritu. También entre nosotros se cumplen las palabras de San Juan: «Vino a los suyos y los suyos no le recibieron». Dios busca acogida en nosotros y nuestra ceguera cierra las puertas a Dios.



Y sin embargo, es posible abrir los ojos y contemplar al Hijo de Dios «lleno de gracia y de verdad». El que cree, siempre ve algo. Ve la vida envuelta en gracia y en verdad. Tiene en sus ojos una luz para descubrir en el fondo de la existencia la verdad y la gracia de ese Dios que lo llena todo.

¿Hemos visto nosotros? ¿Estamos todavía ciegos? ¿Nos vemos solamente a nosotros? ¿La vida nos refleja solamente las pequeñas preocupaciones que llevamos en nuestro corazón? Dejemos que nuestra alma se sienta penetrada por esa luz y esa vida de Dios que también hoy quieren habitar en nosotros.

JOSÉ ANTONIO PAGOLA

BUENAS NOTICIAS NAVARRA 1985. Pág. 29 ss.

¡NATIVIDAD DEL SEÑOR!

Queridos hermanos y hermanas:

Una vez más, como siempre, la belleza de este Evangelio nos llega al corazón: una belleza que es esplendor de la verdad. Nuevamente nos conmueve que Dios se haya hecho niño, para que podamos amarlo, para que nos atrevamos a amarlo, y, como niño, se pone confiadamente en nuestras manos. Dice algo así: Sé que mi esplendor te asusta, que ante mi grandeza tratas de afianzarte tú mismo. Pues bien, vengo por tanto a ti como niño, para que puedas acogerme y amarme.

Nuevamente me llega al corazón esa palabra del evangelista, dicha casi de pasada, de que no había lugar para ellos en la posada. Surge inevitablemente la pregunta sobre qué pasaría si María y José llamaran a mi puerta. ¿Habría lugar para ellos? Y después nos percatamos de que esta noticia aparentemente casual de la falta de sitio en la posada, que lleva a la Sagrada Familia al establo, es profundizada en su esencia por el evangelista Juan cuando escribe: «Vino a su casa, y los suyos no la recibieron» (Jn. 1,11).

Así que la gran cuestión moral de lo que sucede entre nosotros a propósito de los prófugos, los refugiados, los emigrantes, alcanza un sentido más fundamental aún: ¿Tenemos un puesto para Dios cuando él trata de entrar en nosotros? ¿Tenemos tiempo y espacio para él? ¿No es precisamente a Dios mismo al que rechazamos? Y así se comienza porque no tenemos tiempo para Dios. Cuanto más rápidamente nos movemos, cuanto más eficaces son los medios que nos permiten ahorrar tiempo, menos tiempo nos queda disponible. ¿Y Dios? Lo que se refiere a él, nunca parece urgente. Nuestro tiempo ya está completamente ocupado. Pero la cuestión va todavía más a fondo. ¿Tiene Dios realmente un lugar en nuestro pensamiento?

La metodología de nuestro pensar está planteada de tal manera que, en el fondo, él no debe existir. Aunque parece llamar a la puerta de nuestro pensamiento, debe ser rechazado con algún razonamiento. Para que se sea considerado serio, el pensamiento debe estar configurado de manera que la «hipótesis Dios» sea superflua. No hay sitio para él. Tampoco hay lugar para él en nuestros sentimientos y deseos. Nosotros nos queremos a nosotros mismos, queremos las cosas tangibles, la felicidad que se pueda experimentar, el éxito de nuestros proyectos personales y de nuestras intenciones. Estamos completamente «llenos» de nosotros mismos, de modo que ya no queda espacio alguno para Dios.

Y, por eso, tampoco queda espacio para los otros, para los niños, los pobres, los extranjeros. A partir de la sencilla palabra sobre la falta de sitio en la posada, podemos darnos cuenta de lo necesaria que es la exhortación de san Pablo: «Transformaos por la renovación de la mente» (Rm. 12,2). Pablo habla de renovación, de abrir nuestro intelecto (nous); habla, en general, del modo en que vemos el mundo y nos vemos a nosotros mismos. La conversión que necesitamos debe llegar verdaderamente hasta las profundidades de nuestra relación con la realidad





Roguemos al Señor para que estemos vigilantes ante su presencia, para que oigamos cómo él llama, de manera callada pero insistente, a la puerta de nuestro ser y de nuestro querer. Oremos para que se cree en nuestro interior un espacio para él. Y para que, de este modo, podamos reconocerlo también en aquellos a través de los cuales se dirige a nosotros: en los niños, en los que sufren, en los abandonados, los marginados y los pobres de este mundo.

En el relato de la Navidad hay también una segunda palabra sobre la que quisiera reflexionar con vosotros: el himno de alabanza que los ángeles entonan después del mensaje sobre el Salvador recién nacido:

«Gloria a Dios en el cielo, y en la tierra paz a los hombres en quienes él se complace». Dios es glorioso. Dios es luz pura, esplendor de la verdad y del amor.

Él es bueno. Es el verdadero bien, el bien por excelencia. Los ángeles que lo rodean transmiten en primer lugar simplemente la alegría de percibir la gloria de Dios. Su canto es una irradiación de la alegría que los inunda. En sus palabras oímos, por decirlo así, algo de los sonidos melodiosos del cielo. En ellas no se supone ninguna pregunta sobre el porqué, aparece simplemente el hecho de estar llenos de la felicidad que proviene de advertir el puro esplendor de la verdad y del amor de Dios.

Queremos dejarnos embargar de esta alegría: existe la verdad. Existe la pura bondad. Existe la luz pura. Dios es bueno y él es el poder supremo por encima de todos los poderes. En esta noche, deberíamos simplemente alegrarnos de este hecho, junto con los ángeles y los pastores.

Con la gloria de Dios en las alturas, se relaciona la paz en la tierra a los hombres. Donde no se da gloria a Dios, donde se le olvida o incluso se le niega, tampoco hay paz. Hoy, sin embargo, corrientes de pensamiento muy difundidas sostienen lo contrario: la religión, en particular el monoteísmo, sería la causa de la violencia y de las guerras en el mundo; sería preciso liberar antes a la humanidad de la religión para que se estableciera después la paz; el monoteísmo, la fe en el único Dios, sería prepotencia, motivo de intolerancia, puesto que por su naturaleza quisiera imponerse a todos con la pretensión de la única verdad.

Es cierto que el monoteísmo ha servido en la historia como pretexto para la intolerancia y la violencia. Es verdad que una religión puede enfermar y llegar así a oponerse a su naturaleza más profunda, cuando el hombre piensa que debe tomar en sus manos la causa de Dios, haciendo así de Dios su propiedad privada. Debemos estar atentos contra esta distorsión de lo sagrado.

Si es incontestable un cierto uso indebido de la religión en la historia, no es verdad, sin embargo, que el «no» a Dios restablecería la paz. Si la luz de Dios se apaga, se extingue también la dignidad divina del hombre. Entonces, ya no es la imagen de Dios, que debemos honrar en cada uno, en el débil, el extranjero, el pobre. Entonces ya no somos todos hermanos y hermanas, hijos del único Padre que, a partir del Padre, están relacionados mutuamente. Qué géneros de violencia arrogante aparecen entonces, y cómo el hombre

desprecia y aplasta al hombre, lo hemos visto en toda su crueldad el siglo pasado.

Sólo cuando la luz de Dios brilla sobre el hombre y en el hombre, sólo cuando cada hombre es querido, conocido y amado por Dios, sólo entonces, por miserable que sea su situación, su dignidad es inviolable. En la Noche Santa, Dios mismo se ha hecho hombre, como había anunciado el profeta Isaías: el niño nacido aquí es «Emmanuel», Dios con nosotros (cf. Is. 7,14). Y, en el transcurso de todos estos siglos, no se han dado ciertamente sólo casos de uso indebido de la religión, sino que la fe en ese Dios que se ha hecho hombre ha provocado siempre de nuevo fuerzas de reconciliación y de bondad. En la oscuridad del pecado y de la violencia, esta fe ha insertado un rayo luminoso de paz y de bondad que sigue brillando.

Así pues, Cristo es nuestra paz, y ha anunciado la paz a los de lejos y a los de cerca (cf. Ef. 2,14.17). Cómo dejar de implorarlo en esta hora: Sí, Señor, anúncianos también hoy la paz, a los de cerca y a los de lejos. Haz que, también hoy, de las espadas se forjen arados (cf. Is. 2,4), que en lugar de armamento para la guerra lleguen ayudas para los que sufren. Ilumina la personas que se creen en el deber aplicar la violencia en tu nombre, para que aprendan a comprender lo absurdo de la violencia y a reconocer tu verdadero rostro. Ayúdanos a ser hombres «en los que te complaces», hombres conformes a tu imagen y, así, hombres de paz.

Apenas se alejaron los ángeles, los pastores se decían unos a otros: Vamos, pasemos allá, a Belén, y veamos esta palabra que se ha cumplido por nosotros (cf. Lc. 2,15). Los pastores se apresuraron en su camino hacia Belén, nos dice el evangelista (cf. 2,16). Una santa curiosidad los impulsaba a ver en un pesebre a este niño, que el ángel había dicho que era el Salvador, el Cristo, el Señor. La gran alegría, a la que el ángel se había referido, había entrado en su corazón y les daba alas.

Vayamos allá, a Belén, dice hoy la liturgia de la Iglesia. Trans-eamus traduce la Biblia latina: «atravesar», ir al otro lado, atreverse a dar el paso que va más allá, la «travesía» con la que salimos de nuestros hábitos de pensamiento y de vida, y sobrepasamos el mundo puramente material para llegar a lo esencial, al más allá, hacia el Dios que, por su parte, ha venido acá, hacia nosotros.

Pidamos al Señor que nos dé la capacidad de superar nuestros límites, nuestro mundo; que nos ayude a encontrarlo, especialmente en el momento en el que él mismo, en la Sagrada Eucaristía, se pone en nuestras manos y en nuestro corazón.

Vayamos allá, a Belén. Con estas palabras que nos decimos unos a otros, al igual que los pastores, no debemos pensar sólo en la gran travesía hacia el Dios vivo, sino también en la ciudad concreta de Belén, en todos los lugares donde el Señor vivió, trabajó y sufrió. Pidamos en esta hora por quienes hoy viven y sufren allí. Oremos para que allí reine la paz. Oremos para que israelíes y palestinos puedan llevar una vida en la paz del único Dios y en libertad.

Pidamos también por los países circunstantes, por el Líbano, Siria, Irak, y así sucesivamente, de modo que en ellos se asiente la paz

Que los cristianos en aquellos países donde ha tenido origen nuestra fe puedan conservar su morada; que cristianos y musulmanes construyan juntos sus países en la paz de Dios.

Los pastores se apresuraron. Les movía una santa curiosidad y una santa alegría. Tal vez es muy raro entre nosotros que nos apresuremos por las cosas de Dios. Hoy, Dios no forma parte de las realidades urgentes. Las cosas de Dios, así decimos y pensamos, pueden esperar. Y, sin embargo, él es la realidad más importante, el Único que, en definitiva, importa realmente. ¿Por qué no deberíamos también nosotros dejarnos llevar por la curiosidad de ver más de cerca y conocer lo que Dios nos ha dicho? Pidámosle que la santa curiosidad y la santa alegría de los pastores nos inciten también hoy a nosotros, y vayamos pues con alegría allá, a Belén; hacia el Señor que también hoy viene de nuevo entre nosotros. Amén.

**(PAPA BENEDICTO XVI.
Homilía del Lunes 24 de Diciembre de 2012)**

FESTIVIDAD DE LA EPIFANIA: FIESTA MISIONERA EN EL AÑO DE LA MISERICORDIA

Epifanía significa aparición, manifestación, revelación. En la Biblia epifanía significa la manifestación o revelación de Dios a los hombres que sucede de distintas maneras a largo del A.T y en el NT se empieza a revelar en el Niño de Belén, el misterio de la misericordia de Dios con los hombres.

En la noche del nacimiento la revelación es a los pastores pero es en la visita de los Magos de Oriente al niño-Dios cuando esa aparición, manifestación, revelación de Dios, se muestra como la luz que viene para todas las naciones de la tierra. Los Magos venidos de diferentes zonas de Oriente, representan a las naciones paganas y esto significa que la salvación no está reservada exclusivamente al pueblo elegido, el pueblo de Israel, sino que es para todas las naciones, para todos los pueblos.

Por eso esta fiesta dentro de la Navidad es una fiesta eminentemente misionera puesto que los Magos tras seguir a la luz de la estrella y llegar hasta el Niño se convierten en misioneros que se llenan de la luz de la ESTRELLA con mayúsculas, el SOL que nace de lo alto, Jesús y que los va a llevar por otro camino para dar testimonio de la LUZ que viene a iluminar las tinieblas y oscuridades de este mundo sobre todo de los que más sufren, los pequeños, los pobres, los más necesitados de la misericordia de Dios.

La epifanía es el comienzo de una iglesia en salida que como nos dice el Papa Francisco "es la comunidad de discípulos misioneros que primerian, que se involucran, que acompañan, que fructifican, festejan y sale a buscar a los lejanos y llegar a los cruces de los caminos para invitar a los excluidos" (Evangelii Gaudium, 24). Si la tarea misionera de la iglesia implica siempre ir hacia "las periferias físicas y existenciales para llegar sobre todo a los pobres y enfermos, a esos que suelen ser despreciados y olvidados, a aquellos que no tiene con qué recompensarte" (EG, 48)

En este Año de la Misericordia es determinante para la Iglesia que ella viva y testimonie en primera persona la misericordia y las motive a reencontrar el camino de vuelta al Padre. La misericordia de Dios, nos dice el Papa Francisco, "no es una idea abstracta, sino una realidad concreta con la cual El revela su amor" (EG, 6) y por eso es necesario, para ser testigos de la misericordia, encontrarnos con el rostro de la misericordia, Jesucristo, y postrarnos ante él, como hicieron los Magos, para adorarlo.

Los magos son los primeros buscadores del Dios hecho hombre y a Dios lo encuentra el que lo busca. Dios suscita en nosotros el deseo de buscarle pero cada uno debe salir de sí mismo, ponerse en camino siguiendo las luces que Dios va poniendo continuamente en nuestro caminar por la vida.

Puede ser la luz una persona o un acontecimiento significativo, pero para descubrirlos tenemos que tener los ojos muy abiertos, los ojos del alma para descubrir a Dios allí donde Él quiere hacerse visible. Los magos llegados de Oriente son, en palabras del Papa Benedicto XVI, "predecesores, precursores, de los buscadores de la verdad, propios de todos los tiempos". Son buscadores de la verdad que la descubren a partir de una estrella, confirmando así que la creación puede ser un verdadero camino hacia Dios. Cuando la búsqueda de Dios es sincera nunca falta un signo, como lo fue la estrella para los magos, que ayuden a descubrir donde se puede encontrar al Señor.

Cuando la búsqueda es sincera, siempre termina en el encuentro a pesar de los momentos difíciles porque el verdadero buscador de Dios se deja iluminar y transformar gozosamente y puede seguir caminando incluso en medio de la oscuridad y las tinieblas. La búsqueda sincera, con ojos limpios les lleva a los Magos a no escandalizarse de la pobreza y la pequeñez del rey que encontraron porque la luz que llevan dentro no puede menos que llevarles a la LUZ, el rostro de la misericordia entrañable de Dios que se hace pequeño, débil, necesitado para que a cada persona llegue la bondad y la ternura de Dios, el bálsamo de la misericordia como signo del Reino de Dios, presente en medio de nosotros.

Y la búsqueda de los Magos termina postrándose y adorando al niño Dios, rostro de la misericordia entrañable del Padre. Los Magos no tienen empacho en ponerse de rodillas ante un niño desvalido junto a sus padres porque saben interpretar desde su ciencia los signos de los tiempos y descubrir en ellos el lenguaje de Dios que los llama a verlo en la humildad de su manifestación y entiendes perfectamente como Dios se les aparece con la belleza, la pobreza, la debilidad e incluso la vulnerabilidad de un niño. Solo cayendo de rodillas y adorando al niño Dios podemos adorar a Dios en aquellos que los que se sigue encarnando mostrándonos su misericordia entrañable.

Postrarnos y adorar al niño Dios es imprescindible para ser discípulos y misioneros, evangelizadores con Espíritu que "anuncien la Buena Noticia no sólo con palabras sino sobre todo con una vida que se ha transformado en la presencia de Dios" (EG, 259). Si hemos experimentado su misericordia comprenderemos que ella tiene que ser "la viga maestra que sostiene nuestra vida y la de la iglesia. Todo en su acción pastoral debería estar revestido por la ternura y nada en su anuncio hacia el mundo puede carecer de misericordia. La credibilidad de la Iglesia pasa a través del camino del amor misericordioso y compasivo" (EG,10).

Por eso es necesario redescubrir las obras de misericordia tanto corporales como espirituales pues seremos juzgados por ellas. Su carne encarnada en el niño de Belén se hace visible como cuerpo martirizado, llagado, flagelado, desnutrido, en fuga; porque serán los pobres, los pequeños, los marginados que acogimos o rechazaron los que nos juzguen y nos cierren el paso o nos lleven a encontrarnos con el Dios encarnado, manifestado y glorificado.

P. JOSE LUIS CALVO VICENTE
Cuasi Parroquia "Santa María Reyna"

SUMARIO



Art. 1

JOSÉ ANTONIO PAGOLA

BUENAS NOTICIAS NAVARRA 1985. Pág. 29 ss.



Art. 2

PAPA BENEDICTO XVI.

Homilía del Lunes 24 de Diciembre de 2012)



Art.3

JOSÉ ANTONIO PAGOLA

BUENAS NOTICIAS NAVARRA 1985. Pág. 29 ss.

Pastoral de Comunicaciones - Diócesis de Lurín

Director: P. Marco Agüero Vidal

Edición: Esly Pérez

Calle el Carmen Cdra. 2 S/N - V.M.T. Lima - Perú

E- mail: avansurlurin@yahoo.es

Web: <http://www.diocesisdelurin.org/>